

ENSAYO LITERARIO

JOSUE CARDUCCI

Por ANTONIO EDGARDO BURGOS

(Para *ESTUDIOS*)

Vamos a hablar de un gran escritor italiano no poco conocido y traducido en América, aunque nunca lo bastante a sus merecimientos: aludimos a Josué Carducci.

Sin presentar una árida biografía, vamos a discurrir sobre él, considerando al hombre desde el punto de vista de sus pasiones, de sus ideas, de su carácter, y estudiando en su obra literaria al prosador fuerte y noble y al poeta. Uno que otro signo biográfico o algún episodio de su vida no quedarán sin embargo fuera de lugar.

Carducci nació en 1836, precisamente en aquella Toscana que fue patria de Dante Alighieri, de Miguel Angel Buonarroti, de Leonardo de Vinci, de Galileo Galilei y que dio al mundo una pléyade tan sorprendente de hombres insignes.

Consideramos necesario abrir ahora un paréntesis para dar una idea de lo que era la literatura italiana en la época de la infancia y juventud de Carducci. Imperaba entonces en la prosa y en la poesía una escuela, la romántica, capitaneada por un verdadero genio: Alejandro Manzoni, el autor de la novela maravillosa "Los Novios". Sincero espíritu cristiano, Manzoni había abolido en la poesía todos los sujetos, las citas y los parangones extraídos de la Mitología, de la Historia Griega y Romana, sustituyéndolos con argumentos y anotaciones pertenecientes a la Historia Sa-

grada y a la Medioeval; y todo ello porque decíase cansado de ver sólo y siempre en la poesía que leía durante su juventud, los rancios repetidos sujetos y las comparaciones de la Mitología pagana y de la Historia Antigua: Apolo y Prometeo, las Ninfas y las Parcas, Aquiles y Leonidas, Alejandro y Aníbal.

Destruyó Manzoni semejaute escuela, por demás exangüe, llamada "clásica", y condujo la poesía a los temas que la religión suministra en abundancia, a cantar serenamente la fe, los beneficios producidos por ésta a la humanidad y los episodios inspirados por la misma en la Era Antigua y en el Medio Evo.

Análoga reforma introdujo Manzoni en la prosa, dando principio, con su célebre obra maestra, a la novela histórica; composición literaria que tiene como base ora uno ora varios conocidos episodios medioevales, a cuyo rededor se enlazan las alternativas de personajes históricos y fantásticos.

Y respecto del estilo quiso que la prosa, emancipándose de las atrevidas construcciones latinizantes de los períodos, de la elevación de tono, del puritanismo, impuéstoles por la escuela clásica, descendiese a una dicción abierta y familiar, siguiese minuciosa y naturalmente los sentimientos de los hombres, fuese más analítica y detallada sirviéndose de los vocablos que corren en boca del pueblo y que se usan en el hablar común, sin afectaciones, pero, por supuesto, también sin despropósitos, impropiedades y desaliños. Y Manzoni, inteligencia superior, triunfó en su intento, dando a la luz "Los Novios", modelo, en lo que dice al estilo, de fineza, naturalidad y sencillez; maravilloso en su contenido, por el análisis profundo del alma humana, por el conocimiento completo de cualquier rango de personas, de cualesquiera mentalidad y psicología, por la viveza y perfección en las representaciones y descripciones y el espíritu observador que discretamente se manifiesta en cada línea.

Y como poeta, él, a pesar de no haber llegado a la altura que alcanzó como prosador, dio el primer impulso a la escuela que fundó, con dos tragedias y varias poesías his-

tóricas, patrióticas y religiosas, perfectas casi todas en su género. Desgraciadamente —y aquí estribó el mal— lo que supo realizar una mente del temple de la de Manzoni, no supieron continuarlo dignamente sus discípulos y admiradores: algunos de ellos provistos también de alta inteligencia y de vasta cultura, siguieron, sin degenerar, las huellas del maestro; pero la mayor parte se ilusionó con alcanzar fácilmente en su prosa la sencillez y naturalidad apetecidas, sin pensar en las dificultades inmensas que el mismo Manzoni debió vencer, ni en el sordo, largo, tenaz trabajo de lima a que se vio esclavizado, con el fin de darle tales méritos a su obra. De donde resultó que el estilo llano y familiar, pero fino, ingenioso y elegante de Manzoni degeneró y se convirtió, bajo la pluma de sus discípulos y secuaces, en una pulpa plebeya, rellena de idiotismos campesinos y de pedestrerías, sin contar el fastidio que causaban la retorcida artificiosa longitud de los períodos y la insipidez de las observaciones. Los argumentos religiosos asomaban por doquiera, pero en forma tal que habrían hecho bostezar a un muerto! Por otra parte —excepción hecha de algunos felices ensayos— se desbordó un torrente de baladas, canciones y poemitas a hocos tintes medioevales, repletos de horrores, de leyendas del doscientos, de supersticiones religiosas, de esqueletos danzantes, de raptos, apariciones, duelos y trágicos amores. Y todo esto en estruendosos decasílabos, en septenarios esdrújulos o en fugaces quinaris. O sí no, languideces arcaicas, a base de desdichados amores platónicos, de aspiraciones etéreas y desesperaciones sin causa, de tísicos a los veinte años y de muertes inmatargas, de pasiones misteriosas y destinos ineluctables: todo arcano, todo incomprensible. y todo en versos sueltos, melosos y suspirantes. De una parte rimbombo y trueno; de la otra languidez y lamento: en ambos casos, vaciedad e inconsistencia desconsoladoras.

Hé aquí el momento en que surge Josué Carducci. Ya desde niño exteriorizaba éste su índole combativa, desdenosa y noble. Su padre era manzoniano, católico ferviente y patriota, y con frecuencia castigaba severamente

la vivacidad revolucionaria de Josué, quien, de doce años apenas, organizaba con sus condiscípulos batallas continuas, insurrecciones contra los tiranos, restauraciones de las gloriosas repúblicas de la antigüedad, en todas las cuales menudeaban palizas a ciegas y puñetazos a manos llenas.

“Qué benditas pedradas —narra en prosa él mismo, recordando su infancia— no lancé contra César que se hallaba a punto de pasar el Rubicón! En aquel día el tirano tuvo que refugiarse no sé dónde con sus legiones, y se salvó la República! Pero el rumor de estas hazañas llegaba una que otra vez a oídos de mi manzoniano padre, quien entonces, para nada conmovido de mis decorosas heridas, me condenaba a largas prisiones, en medio de las cuales él reaparecía de cuando en vez para revisarme el latín, y me dejaba tres libros sobre la mesa, diciéndome seria y secamente: “Lee aquí y persuádate de que el tarantantán clásico no es para estos tiempos”. Los tres libros eran: “La Moral Católica” por Alejandro Manzoni, “Los Deberes del Hombre” por Silvio Pellico, y “La Vida de San José de Calasanz”, escrita por el padre Poseti.”

Hasta los catorce años estuvo Carducci solamente bajo la educación del padre, quien le enseñó el latín y le dio a conocer algunos libros que, según sus opiniones, le parecían adecuados, y entre los cuales figuraba en primera línea “Los Novios”; pero el pequeño Josué, a escondidas, había leído la “Ilíada”, la “Eneida” y la “Jerusalén Liberada”, y, en prosa, la “Historia de la Revolución Francesa” por Thiers; de modo que ya desde niño, rehacio a seguir las tendencias paternas, abrevaba por su propia cuenta en fuentes de puro y selecto clasicismo.

A los catorce años cumplidos ingresó en el Colegio; después no se sabe a ciencia cierta lo que hiciera, pero la verdad es que a los veintidós años era maestro de segunda enseñanza en San Miniato, pequeña ciudad toscana, y que desde entonces, aunque lejos de poseer la ilimitada erudición a que llegó en la edad madura, lucía sin embargo una relevante cultura y una fuerte vena poética. Vivía pues en San Miniato con varios amigos, profesores noveles como

él; su sueldo mensual ascendía a noventa liritas, lo suficiente para no morir de hambre. Pero Josué y sus amigos no se descorazonaban por tan poca cosa y no economizaban ni en comida ni en vino, a punto de que al terminar el mes, las cuentas del mesonero y del fondista subían a alturas que, sin ser vertiginosas, eran siempre inaccesibles a los flacos bolsillos de los famélicos jovenzuelos. Uno de los cuales propuso un día a Carducci: "Publiquemos tus versos y quizá así pagaremos lo que adeudamos". Al principio el poeta rehusó, pero estrechado por los amigos, por el mesonero y por el fondista, acabó por ceder; y las primeras rimas de aquél que durante cincuenta años debía tener el dominio de la literatura italiana, aparecieron en San Miniato en un mísero librito, allá por el año 1857. Mas dejemos concluir al autor: "Queda ahora en firme que yo lo di a la luz, no con el soberbio propósito de abrir una vía nueva o reabrir una vieja vía, y ni siquiera con la esperanza modesta de estímulo por parte del público italiano, sino con el propósito honrado y la atrevida esperanza de pagar mis deudas. Pero ¡qué digo atrevida, descarada! —debiera decir. Las deudas en lugar de extinguirse, se desbordaron. Una mañana de agosto tuvimos que salir furtivamente de la "Torre Blanca" (la posada en que se alojaban). El mesonero nos persiguió en carretela y por correo el fondista. Trombino (uno de sus condiscípulos) volvió; yo no: entrambos, gracias a nuestros papás y mamás, pagamos hasta el último centavo. Y las rimas quedaron expuestas a la compasión, a los desprecios, a los insultos."

Tal es el comienzo de los grandes: ellos levantan el lábaro luminoso de su genio entre la burla, la hostilidad, la rabia del mismo mundo que ha de exaltarlos; y es porque éste es siempre tardío y envidioso para poder comprender y admirar a quien se eleva sobre él!

Mientras tanto, entre el furioso desencadenarse de los insultos que le lanzaban los pedantes y sabihondos, surgía una cierta fama en torno de Carducci, y su genio nuevo, poderoso, original, su erudición siempre creciente, se afianzaban con otras poesías y prosas.

Pocos al principio los secuaces, pero de inteligencia superior algunos; muchísimos y con frecuencia fuertes los enemigos (estaba entonces en auge —como ya dijimos— la escuela manzoniana); mas, para decirlo brevemente, el poeta, joven y batallador como nadie, despreció o rasguñó apenas a los adversarios débiles y se lanzó impetuoso contra los más importantes y renombrados: ante su dinámica, cerrada, sintética prosa, en que la lógica, la honradez, la erudición y el estilo no ofrecían un solo punto flaco a los enemigos, éstos, desbandados, se vieron obligados a reconocer su error o a callar, en espera de una mejor oportunidad para volver a acometer. Pero cada nuevo ataque era reprimido con tanto encarnizamiento, que la voces de protesta, primeramente asordantes, se debilitaron, disminuyeron y se apagaron casi por completo. Mientras de tal suerte se derrumbaba el romanticismo, la escuela carducciana, compuesta de jóvenes y resueltas energías, se erguía poderosa y compacta.



Ya hemos explicado por qué y cómo abatió Carducci al romanticismo; pasemos ahora a examinar en qué consistió la nueva escuela. Antes que todo, Carducci hizo un oportuno paréntesis. Al demoler el romanticismo y al manzoniano y al romanticismo, jamás atacó a Manzoni, aunque de teorías e ideas opuestas, respetó siempre aquel espíritu amplio y profundo que él clasificaba entre los diez más grandes de toda la literatura italiana, y no ocultó la admiración que sentía por la novela inmortal "Los Novios" y por muchas de sus composiciones poéticas; pero Carducci no podía ser manzoniano, porque detestaba la degeneración, la insulsez y las afectaciones, a que los maldiestros románticos manzonianos habían arrastrado la lengua y literatura italianas. Además su índole, su temperamento, sus tendencias (recordemos las memorias de infancia ya citadas), eran muy distintos de los de Manzoni. Mas, tengámoslo presente, no contra este último, sino contra los sucesores, contra el sistema y sus consecuencias combatió Carducci.

Y volvamos a éste. Su escuela poética era y es (puesto que todavía impera en Italia con Gabriel D'Annunzio y otros menos conocidos), la renovación y la reintegración del clasicismo. Manzoni había suprimido el clasicismo decrépito de su tiempo y fundado el romanticismo, éste fue eliminado cuarenta años después por Carducci, quien lo substituyó con el clasicismo, al cual infundió vida diversa y nuevo vigor. En primer lugar urgía libertar la lengua de aquella inundación de provincialismos y vocabios impuros, impropios, forasteros, de que la habían impregnado los románticos; restituírla a la pureza cristalina, a la exquisitez de voces y de frases que ella ostentaba en el siglo XV, que bien podría llamarse el de oro de la literatura italiana. En efecto, la poesía y particularmente la prosa espiran una natural frescura de términos y una viveza espontánea y selecta de expresiones; sin que en ellas nada contraste con el modernismo de las ideas y del estilo, quedamos con la impresión de leer a uno de los mejores autores del siglo XV que, vuelto a la vida, escribiera en nuestra época. Y ni por asomo palabras difíciles ni construcciones de forzada elegancia ni fáciles efectos de poca esencia: dondequiera una vigorosa naturalidad que atrae y conquista, puesta que sin caer en un tono familiar y apocado ni en el artificio y la redundancia, ha sido obtenida con el gusto delicado que es fruto de largo, perseverante y amoroso estudio de las fuentes de donde brotó límpida la lengua, y con arte original y poderoso. Pero no sólo es ésta la obra del poeta: en los metros, en las imágenes, en los sujetos de la poesía, como en el estilo, en los conceptos, en los argumentos de la prosa, su reforma fue radical. No trató el romance ni la novela ni la comedia: sus estudios severos, su índole, que lo llevaban a considerar más las vastas cuestiones históricas y artísticas que las sociales y psicológicas, su amor mismo a la verdad, lo apartaron siempre de tales géneros, así como por iguales motivos, no cultivó en poesía ni la tragedia ni la epopeya ni el poema.

Vastas, líricas evocaciones, agudas críticas sobre temas literarios y sobre escritores antiguos y modernos, po-

lémicas dinámicas con las mejores inteligencias contemporáneas, análisis profundos sobre las obras, vida y pasiones de los celebérrimos escritores italianos (Dante, Petrarca, Ariosto, Tasso, etc.), con reconstrucciones espléndidas de las épocas en que vivieron, y en fin uno que otro recuerdo juvenil narrado con melancólica gracia, algún adiós a un amigo desaparecido, tales los temas de la prosa carducciana. En todos flotan siempre el amor por Italia y el grande y constante anhelo de mejorar la mentalidad de la juventud italiana.

Como ya dijimos, en poesía, exceptuando el poema, la tragedia y la epopeya, todo lo cultivó: desde la copla de tipo popular, desde la balada heiniana o sentimental, desde el ditirambo satírico y mordaz, con algún rasgo de melancolía, hasta el soneto breve y escultórico, la canción amorosa y patriótica y la oda vibrante de clasicismo. Pero no es esto todo: con un sentimiento admirable del ritmo y de la armonía, él consiguió adaptar a la lengua italiana los antiguos metros griegos y latinos que parecían pertenecer sólo a las majestuosas construcciones y a la flexible amplitud de los períodos de las lenguas clásicas. Y hé aquí que el épico exámetro y hé aquí que el pentámetro y la estrofa alcaica y la sáfica surgen a nueva vida y resuenan, al compás de los dáctilos y los espondeos, en pura lengua italiana. Estas poesías que marcaron acaso las más altas manifestaciones del arte carducciano, fueron denominadas por su autor "Odas Bárbaras" o sea extranjeras: bárbaras, porque —pensó él con ironía un tanto amarga— ellas debían aparecer así al gusto de los contemporáneos habituados a los metros de siempre. Pero en esta vez se equivocó: las "Odas Bárbaras" fueron admiradas por todos los italianos, imitadas por muchos y, por nadie superadas, conservan la juventud de lo que nunca muere.

Decir por qué el clasicismo de Carducci sea nuevo y original, diverso del de Manzoni, es empresa demasiado ardua para nuestras fuerzas: quienquiera lea al poeta se

apercibirá inmediatamente de ello; y en los versos de las "Odas Bárbaras" le parecerá sentir a veces el ímpetu de Horacio y de Píndaro o el amor patrio de Arquíloco, a veces la velada melancolía de Catulo y Minnermo, ora la pasión de Alceo y de Safo, ora la jovialidad de Anacreonte.

Pero ya hemos hablado lo bastante del arte carducciano; presentemos mejor alguna muestra de ella. Por desgracia es carga superior a nuestros hombres la de traducir en verso y en el mismo metro las poesías de semejante autor, de manera que nos conformaremos con ofrecer en prosa algunas versiones: perderán grandísima parte de su belleza, faltándoles la armonía del verso y la originalidad del metro y de la construcción, mas quedará siempre lo suficiente para inducir al lector a conocerlas en el texto italiano.

Hé aquí este "Ave" con motivo de la muerte de G. P., escrito en armonioso metro clásico; vea el lector si es posible consagrar con mayor fineza un recuerdo al amigo que muere durante el crudo invierno:

"Ahora que las nieves cubren —sábana funérea— la tierra y las almas, y que el pulsar de la vida se pierde débil por las auras invernales, tú pasas ¡oh dulce espíritu! Tal vez te acoge la nube pálida allá por las soledades del véspero y se desvanece tenue contigo. Cuando a los soles tibios un desco lánguido invade las almas y con las flores que se abren vuelve Perséfone de ojos cerúleos, nosotros pensaremos en tí ¡oh gentil!, que no vuelves. Bajo la cándida luna de abril veremos vagar tu imagen querida, saludando".

Ofrecemos otra joya con la poesía "En el Claustro del Santo", escrita en el mismo metro. El "Santo" es un vestusto y artístico convento; Carducci, dentro del claustro, medita inspirado por la soledad y el encantamiento del lugar. Nótese cómo una simple observación de las cosas provoca a la fantasía del poeta una similitud respecto del estado de su ánimo, e inmediatamente después, un concepto filosófico más vasto e inquietante:

"Cual copos de humo cándido pasan las nubes en desfile sobre las aéreas cúpulas, sobre las fantásticas torres

del Santo; pasan por el cielo turquí, límpido, fresco de lluvia reciente; entre las bóvedas que abrazan las tumbas, parece el eco sonido de un mundo lejano. Asímismo, sobre las audacias de los años juveniles, por dentro de mí, poeta, pasaron los cánticos, y ahora sólo murmura su eco solitario en el alma recogida. Como esas nubes, como esos cánticos, huyen las edades breves de los hombres: ante mis ojos extraviados, qué pide, sombra informe, el infinito?"

Desgraciadamente, por la dificultad en el traducir e interpretar, y con el propósito de no prolongar demasiado este artículo, no podemos presentar aquí, por entero, las más complejas y largas líricas carduccianas, célebres también por la erudición que en ellas está esparcida. Sin embargo no queremos privar al lector de algunos trozos.

"Sobre el Monte Mario"

El "Monte Mario" se yergue cerca de Roma, y Carducci ve extenderse desde su cima a la Ciudad Eterna. El espectáculo sublime, al morir del día, exalta al poeta: la vista de los monumentos y de las ruinas majestuosas de aquella que fue la capital del mundo y en la que vivieron tantos millones de hombres, lo conduce a pensar en la caducidad, en la brevedad de esta existencia, en el sucederse vertiginoso de tantas generaciones y, por último, en nuestro fin, cuando —según la hipótesis de los científicos— la tierra, apagándose el calor interno que le da vida, quedará reducida a un desierto de hielo.

Hé aquí el final de la oda (estrofas sáficas):

"Mañana moriremos como murieron los que amamos; lejos de los recuerdos, lejos de los afectos, tenues sombras leves desapareceremos. Moriremos; y al rededor del almo sol, fatigosa siempre, girará la tierra, chisporroteando a cada instante miles de vida como centellas; vidas que palparán a nuevos amores, vidas que vibrarán a luchas nuevas y a nuevos dioses cantarán los himnos del porvenir. Y vosotros, que todavía no habéis nacido, a cuyas manos pasará la antorcha que estuvo en las nuestras, vosotros tam-

bién os desvaneceréis, legiones radiosas, en el infinito! ; Adiós, tú, tierra, madre de mi pensamiento breve y de mi fugitiva! Cuánta gloria y cuánto dolor no llevarás perennemente contigo al rededor del sol! Hasta que la exhausta progenie, estrechada bajo el ecuador, detrás de los últimos rastros del calor que se extingue, quede reducida a una sola mujer, a un hombre solo, que erguidos sobre los escombros de los montes, entre los bosques muertos, te vean, lívidos, con ojos vítreos, descender ; oh sol! sobre la inmensa helada”.

La mujer querida se va ; es un día de noviembre triste, lluvioso y frío ; plúmbeo es el cielo y los pasantes semejan sombras que vagan silenciosas y el tren se lleva a Lidia, que el poeta había conocido en el verano luminoso ; ella se aleja y él se queda solo entre la neblina, la lluvia y el frío. Veamos los últimos versos (estrofas alcaicas) :

“Va el monstruo impío ; con empuje horrible, sacudiendo las alas, se lleva mis amores. Ay! el blanco rostro y el velo sutil se pierden saludando en las tinieblas! Oh dulces semblante de palidez rosada, ojos resplandecientes de paz, oh cándida frente suavemente inclinada entre los floridos bucles! Hervía la vida en el aire tibio, hervía el verano cuando ellos me sonrieron ; y el sol naciente de junio se complacía en besar, entre los reflejos castaños del cabello, la blanda mejilla ; más bellos que el sol, mis sueños ceñían como una aureola a la figura gentil. Bajo la lluvia entre la calígene, vuelvo ahora y en ellos quisiera confundirme. Tambaleo como ebrio y me toco : es que seré yo también un fantasma. Oh gélida, continúa, muda, sorda caída de hojas sobre el alma! Yo creo que sólo, que eterno, que todo en el mundo es noviembre! Mejor para quien perdió la conciencia del ser ; mejor esta sombra, esta calígene : yo quiero abandonarme en un tedio sin fin!



He presentado hasta aquí poesías de dulzura y de tristeza, excepción hecha de la del “Monte Mario”, en la cual se cantan, con sáfico lirismo, contemplados en toda su gran-

deza, el fenómeno de la vida y el de la muerte en esta tierra y la lucha perenne de la humanidad y el trágico fin que a ésta predice la ciencia impasible. Queremos ahora traducir una poesía de fuerza, como otras muchas escribió Carducci. Es un soneto alegórico, como bien puede verlo el lector: la existencia del poeta es un navío azotado por la tempestad; sus esperanzas abatidas, sus memorias dolorosas son los pasajeros del barco; pero el espíritu del poeta, de pie sobre la popa, desafía el huracán e incita la hosca turba que puebla el navío, a hacer el último viaje hacia el olvido y la muerte:

“Pasa mi nave sola, entre el lamento
de las gaviotas, por el mar furioso;
el ímpetu de la ola, el rayo, el viento
la envuelven y la baten sin reposo.

Miran hacia la tierra ya perdida
mis memorias con ojo desolado;
yacen las esperanzas de mi vida
cansadas sobre el remo quebrantado.

Mas, erguida en la popa, el alma mía
escruta el cielo y el mar y canta fiera
del viento a la salvaje sinfonía:

“Boguemos triste turba compañera,
del olvido a la gran rada sombría,
de la muerte a la cándida escollera. . . .”

Cerraré esta serie de traducciones con unos pocos versos que en mucho reflejan el alma del poeta. Después de invocar por la grandeza de su patria, que surja en ella una generación nueva, sana y gallarda, exclama:

“Si es ésta la esperanza que llevo en mi corazón, todavía del alma desangrada echaré mi canto en la vida. Y clavada la rodilla en tierra, como el gladiador tirreno, refrescados la cabellera y el ardiente pecho por las auras marinas, moriré combatiendo.”



Quiero, para concluir, completar la narración de la vida del poeta. Su ingenio se impuso pronto por doquiera, y Carducci pudo ocupar, joven todavía, la cátedra de la Universidad de Bolonia, enseñando en ella bellas letras. De esa cátedra descendió sólo para ir a morir tranquilo en una villa, cuarenta años después. Toda su vida fue consagrada a la juventud y al arte: su escuela fue una fragua en la cual se caldearon y se templaron casi todas las más elevadas inteligencias de Italia. De allí salieron los grandes Gabriel D'Annunzio y Giovanni Pascoli, y muchos otros menores, aunque también ilustres, como Guido Manzoni, Héctor Romagnoli, Annie Vivanti y Ugo Ojetti.

El propósito constante del maestro fue no sólo el de encauzar las mentes a los estudios severos y a las más puras bellezas del arte, sino también el de fomentar en las almas el culto a la honradez, sea en la literatura, sea en todos los actos de la vida. Odiaba la pedantería de muchos viejos y el saber mal digerido de muchos jóvenes, así como la superficialidad, la inconsistencia, la hojarasca; pero lo que más aborrecía eran las "zancadillas retóricas", las pequeñas estafas literarias, la mala fe en el discutir. Se enfurecía viendo la impudencia de los poetastros y críticos jovenzuelos (como él los llamaba), que, sin instrucción, experiencia y pudor artístico algunos, se creían con derecho para llenar los periódicos, las revistas y gacetas de los inmaturos y raquíticos frutos de su inspiración; o para estropear o alabar en sus artículos, con tono doctoral, los escritos y los actos ajenos. Y decía que él hubiera deseado ver condenados, cual falsarios del arte, a los que, limpios de estudio y de trabajo, ofrecían al público, con ambición de ganancia o de fama, sus fealdades literarias, y penados por difamación a los que no menos ignorantes, atentaban con sus críticas al renombre de escritores autorizados.

Puede ser que al expresarse así el maestro fuese demasiado severo; mas sumado todo, tenía razón. No es posible decir cuánto bien haya hecho con tales enseñanzas —fuera del que hizo con su arte— a la juventud que lo rodeaba, lo amaba y lo escuchaba con veneración. Por lo mismo desea-

ríamos, en bien de nuestro país, que aquí surgiera otro Carducci, para que, ejercitando su influjo poderoso, destruyera la tendencia a la superficialidad, a la hojarasca y a la rutina que todavía con frecuencia se advierten en nuestra literatura.



Desde 1907 el poeta descansa en el sueño de la tumba: muchísimos siguen sus huellas, mantienen intacta su memoria, estudian sus obras y transmiten sus enseñanzas. Su retrato se ve en todas las escuelas y su imagen barbuda y severa vive todavía en la juventud, a la que tanto amó. Sus versos están siempre en los labios y en el alma de todos los italianos, y el mundo los admira: su fama durará mientras viva entre los hombres el culto y el amor por la belleza del arte y del saber.

Panamá, 2 de Diciembre de 1923.

PROBLEMAS SOBRE MEZCLAS

Por CRISTOBAL ADAN DE URRIOLA

Cuentan que en algunas bodegas españolas hay un archivo de vinos que ha sido formado por un empleado de larga práctica que se ocupa únicamente de combinar los diferentes líquidos para darles determinado color, un sabor o un olor especial etc., y cuando lo ha conseguido, coloca la fórmula (?) sobre un frasco previamente envasado con el licor obtenido. Allí no se necesita del conocimiento de altas Matemáticas pues la labor es de paciencia, paciencia cansada de buey. Naturalmente ese trabajo, en el que las posibilidades son tan numerosas, desanimaría al de mejor buena voluntad si conociera las ciencias exactas. En efecto dos objetos se pueden combinar de dos maneras diferentes; tres, de seis; cuatro, de veinticuatro; cinco, de ciento veinte y pare Ud de contar. Pero, no sólo hay dificultad por ese lado sino por el mismo camino de las mezclas donde cualquiera se desliza en el ancho campo del vacío y donde a cada momento se encuentra con un sinnúmero de respuestas en algunos casos al parecer sencillos.

Un problema, en sentido matemático, es una cuestión que se trata de resolver dando ciertos datos precisos para buscar determinada respuesta. Los problemas pueden ser determinados cuando los datos cumplen con precisar y no

permiten a la imaginación volar por el país del ensueño, y más que determinados, cuando tienen más datos de los que se necesitan. Las mezclas, cuando no tienen esas características, no podrían llamarse problemas según el criterio matemático y por lo tanto, no podría hablarse de la resolución de ellos.

Cuando el caso que se presenta tiene una infinidad de respuestas, podríamos incluirlos entre los llamados indeterminados y esta clase de cuestiones no podrán, en ningún caso, tratarse con jóvenes cuyo criterio no esté medianamente desarrollado. Sin embargo hay personas que presentan tales problemas (?) a niños de escuela primaria siendo así que sólo podría tratarse en las escuelas secundarias o en las superiores. Tal vez hayan leído la famosa Aritmética de Diofantos de Alejandría.

Vamos a presentar y discutir dos casos, de los cuales se desprenden muchos otros, y para dar más fijeza y fuerza como también claridad, en vez de la Aritmética, vamos a utilizar el Algebra, que para algo ha de servir siquiera por una vez.

Sea por ejemplo:

¿En qué proporción debe mezclarse azúcar de 10 cts. la libra con azúcar de 15 cts. la libra para vender la libra de la mezcla a 12 cts.?

Naturalmente en este caso no se trata de ganar ni perder.

Azúcar de la primera clase	x	;	Precio	10x
“ “ “ segunda “	y	;	“	15y
Mezcla total	x + y	“		12(x + y)

$$\begin{aligned}\therefore 10x + 15y &= 12x + 12y \\ 3y &= 2x\end{aligned}$$

O colocando en forma de proporción

$$\frac{3}{2} = \frac{x}{y}$$

Es decir, se deben tomar 3 partes de la primera por cada 2 de la segunda.

¿Sería, por ejemplo, 6 partes de la primera por 4 partes de la segunda una nueva respuesta? La igualdad de dos razones es lo que forma la proporción, y la razón en la proporción dada es $3:2=1,5$ y en la que aparece como nueva respuesta es $6:4=1,5$. No habiendo cambiado la razón ¿cómo puede cambiar la proporción? Ninguno de los múltiplos, si multiplicamos ambos números por la misma cantidad, dará una nueva respuesta. Este tipo tiene nuestro pase para alumnos de la escuela primaria, pues aquí está el problema claro y bien determinado. Los problemas de mezclas en los que se da un precio superior y otro inferior para vender a un precio medio dado entran en la categoría de problemas matemáticos.

Tenemos, ahora, este otro caso:

¿En qué proporción ha de mezclarse harina de 30 cts. la libra con harina de 50 cts. y de 60 cts. la libra para vender la libra de la mezcla a 40 cts.?

Tampoco hay pérdida ni ganancia.

De la primera hay	x	;	Precio	30x
“ “ segunda	“	y	“	50y
“ “ tercera	“	z	“	60z

$$\begin{aligned}\text{Mezcla total } x + y + z & \text{ “ } 40(x + y + z) \\ \therefore 30x + 50y + 60z &= 40x + 40y + 40z \\ 10x &= 10y + 20z\end{aligned}$$

$$0 \qquad x = y + 2z$$

Con semejante ropaje, bonita proporción podemos sacar! Presentemos el resultado obtenido en forma de problema: Búsquese un número que equivalga a la suma de otro y el doble de un tercero. ¡Qué problema más claro! Como se ve el caso es más que complicado. Hagámoslo más sencillo: La suma de dos números es 9 ¿cuáles son ellos? Por ensayos sucesivos se tienen 8 y 1; 7 y 2; 6 y 3; 5 y 4 etc. Si incluimos los números negativos, los quebrados (positivos y negativos) los números irracionales y los imaginarios, las respuestas posibles serían más numerosas que las gotas de agua de los océanos. Por otro lado, cualquiera que conozca un poco el Algebra sabe que una ecuación con más de un incógnita o un sistema de ecuaciones simultáneas con más incógnitas que ecuaciones, tendría todas las respuestas que quisiera o en términos matemáticos, el número de respuestas es infinito.

En nuestra ecuación $x = y + 2z$ usaremos de tanteos para obtener algunas respuestas. Podemos desechar las negativas y las imaginarias pues irían contra la naturaleza misma del enunciado. Para mayor comodidad usaremos sólo números enteros. Dando, pues, valores enteros positivos, cualesquiera que sean a y y a z se tendrá:

$$\begin{array}{l} \text{Cuando } y = 1 \quad , \quad z = 1 \quad , \quad x \text{ vale } 1 + 2 = 3 \\ \text{“ } \quad y = 2 \quad , \quad z = 1 \quad , \quad x \text{ “ } 2 + 2 = 4 \\ \text{etc.} \quad \quad \quad \text{etc.} \quad \quad \quad \text{etc.} \end{array}$$

Para comodidad pongamos los resultados que obtenemos en forma de tabla:

x	y	z
3	1	1
4	2	1
5	3	1
7	3	2
7	1	3
etc.	etc.	etc.

Con los seis ejemplos anteriores tendríamos unas de las innumerables respuestas que podrían obtenerse. Los valores infinitos numéricos que podemos dar a las letras y , z , tomando sólo los números enteros positivos, vencen a la imaginación del más soñador. No hay términos de comparación para señalar los resultados obtenidos si se usaran fracciones y números irracionales.

Probemos con un par de respuestas obtenidas en nuestro caso para ver si son correctas.

1º)	3 partes a 30 cts. valen	90 cts.	
	1 parte “ 50 cts. vale	50 cts.	
	1 “ “ 60 cts. “	60 cts.	
	5 partes valen	200 cts.	
	1 parte vale $200 : 5 = 40$ cts. que representa el precio medio de nuestro enunciado.		

2º)	4 partes a 30 cts. valen	120 cts.	
	2 “ “ 50 cts. “	100 cts.	
	1 parte “ 60 cts. vale	60 cts.	
	7 partes valen	280 cts.	
	1 parte vale $280 : 7 = 40$ cts.		

Y así podemos seguir efectuando las pruebas con las respuestas restantes y siempre aparecerá 40 cts. como precio medio.

Tales casos no son problemas en el sentido estricto de las matemáticas y no deben presentarse en la escuela primaria ni como pasatiempo o rompecabezas.

Empleando el mismo raciocinio para casos en donde entren cuatro, cinco o más precios diferentes y el precio medio se llegará a la misma conclusión. Se pueden obtener todas las respuestas que se quieran.

Debemos, por lo tanto, desechar tales problemas (?) como inútiles y perjudiciales en la escuela primaria porque no sirve de nada a los niños y por el contrario suministra material a los alumnos para creer que las Matemáticas es una ciencia que se presta para toda clase de componendas, quitándole así prestigio y falseando el concepto de ciencias exactas. Hay que desviar esas atajos que conducen a terrenos movedizos que muchas veces rodean el campo firme y lozano de las Matemáticas.

ESPECIALIZACION Y EDUCACION INTEGRAL

(ENSAYO)

Por BALTASAR ISAZA y C.

I

INTRODUCCION

(1) Imposibilidad de una educación única y universal.—Vallas que se oponen.—El argumento histórico.—Las divergencias entre los pueblos, entre los individuos.—Una suposición.—Inadaptabilidad de ese sistema a nuestro actual orden de vida. (2) Qué debe entenderse por educación integral.—Dificultades que se oponen a una especialización prematura.—Concepto de la educación integral.—Importancia de definir la individualidad.—La escuela para el niño y no el niño para la escuela.—Individualidad y multiplicidad.—Doble interés de la educación.

1º *Imposibilidad de una educación única y universal.*—Ante los múltiples aspectos de la vida moderna; ante el vasto campo científico que en larga evolución cultural se ha labrado la humanidad; ante los profundos y diversos problemas que todavía contempla por resolver el hombre; ante la pequeñez de la mentalidad humana, en general, para apropiarse el inmenso cúmulo de conocimientos y experiencias, fruto de una prolongada vida intelectual del elemento pensante del universo, desarrollada en el transcurso de los siglos, es posible aspirar a una educación universal y única para todas las inteligencias?

¿No se opone, además, el testimonio fehaciente de la historia, demostrando que ni aún en las épocas de más ru-

dimentaria cultura ha sido dable establecer un mismo cultivo educacional para todas las mentalidades?

¿Y no hablan también en son de protesta contra la realización de este descabaldo juicio, las marcadas diferencias que separan las razas, los pueblos y los individuos?

¿Y si por un momento imagináramos, para el caso, una sociedad en la cual todos sus miembros fueran educados de igual suerte, bajo una norma definida e invariable —presuponiendo que no existiera la valla de las divergencias individuales— no se pondría de manifiesto en seguida lo imposible de su estabilidad, puesto que de ser todos capaces de bastarse a sí mismos —hermosa paradoja— desaparecerían las relaciones sociales que nacen de las necesidades recíprocas y del mutuo concurso o ayuda?

Fácil es comprender que al llegar a tal extremo, no habría gobiernos porque a nadie le importaría su existencia; no se formarían ciudades porque cada cual viviría en el aislamiento conveniente al libre funcionamiento de sus actividades, las cuales se extenderían a todas las que —mentales y materiales— ejercitan en el orden actual los diferentes individuos, desde el dirigente y el capitalista hasta el simple jornalero; se destruiría toda probabilidad de comercio por la inutilidad del intercambio y circulación de productos, supuesto todo sér humano estaría en las condiciones de proveerse a sí mismo de cuanto se le ofreciera; se estancaría el progreso que proviene de la comunidad de esfuerzos dirigidos hacia un fin común, y el hombre regresaría, en fin, por inhabilidad para continuar en un estado de cosas semejante, a su primitivo estado de desenvolvimiento.

¿Y acentuando más este análisis, no se observa a las claras que para concebir una colectividad en la que ninguno necesitara del otro habría que destruir hasta los lazos de la familia y dar por sentado que todos nacieran con la preparación adecuada para vivir sin la anuencia de los demás, pues que al existir la educación ya habría menester quienes la impartieran, y al haber educadores, ya habría motivo de servicios que prestar a los de ellos menesterosos?

En gracia a lo expuesto, justicia es reconocer que una

comunidad en la que la educación se dé a todos por igual, no es adaptable a nuestro presente orden de vida, cuando sus múltiples manifestaciones reclaman una minuciosa repartición de los medios de subsistencia entre los hombres, de acuerdo con sus aptitudes vocacionales, para poder asegurar el equilibrio social.

2º *Qué debe entenderse por educación integral.*—Pero si no está en los límites de lo posible aspirar a una educación común para todos los hombres, ¿se puede acaso, ante la inmensa complejidad de múltiples mentalidades, determinar concienzuda y acertadamente, a penas el niño ingresa a la escuela, el género de cultivo que mejor le conviene, sin incurrir en el grave error de imponer un molde convencional a una naturaleza que antes necesita manifestarse en toda la plenitud de sus poderes y dotes individuales? ¿No es evidente que un proceder ajustado a tales normas conduce indefectiblemente a un lastimoso fracaso educativo, entendido que la mente infantil es una masa plástica que precisa modelar bajo diferentes aspectos, antes de encauzarla en determinado sentido?

Efectivamente, la educación, aún con sus modernos adelantos, carece de la facultad de predecir cuál ha de ser la orientación particular que corresponde a cada caso; y, ante esa dificultad, no le queda otro camino que prescindir de todo intento de especialización prematura y procurar todos los medios indispensables al desarrollo de la personalidad del niño.

Sólo así, ofreciendo vasto campo para que los poderes internos del educando tengan ocasión de mostrarse en la magnitud de que son susceptibles naturalmente; es decir, alejándose de todo propósito definido y procurando estimular en lo posible el libre ejercicio de las actividades del niño, para, más tarde, poder formular, con mayor o menor exactitud, de qué manera podrá reportar mejores frutos esa pequeña semilla cuya germinación ha sido objeto de tantos y tan singulares cuidados.

Esta primera etapa de la educación, que no establece otras diferencias que las conducentes a un perfecto desen-

volvimiento de la personalidad; que sólo varía de rumbos para introducirse cautelosamente en los más secretos rincones hacia donde se dirige la inteligencia vivaz del pequeño discípulo; que no corta por ningún caso la libre iniciativa individual y que, por el contrario, la estimula; que considera la mente infantil como fértil terreno inculto que, con diestra habilidad, procede prepararlo para ulteriores cultivos; que tiende a ampliar, en fin, los horizontes de la vida intelectual del educando, es lo que podríamos llamar una educación integral o común.

Pero la educación, dentro de este aspecto general, no debe mirar a todos los niños como meras reproducciones de un tipo invariable, nó. No se quiere decir que desatienda particularmente los seres a los cuales se aplica para ceñirse a un criterio de estrecha uniformidad. Por el contrario, sin perder de vista el concepto del interés colectivo, debe adaptarse indefectiblemente a la mentalidad que modela, para procurar su efectivo desenvolvimiento, y no esperar que ésta se amolde a una norma fija y general que nunca podría contemplar debidamente los múltiples casos a los cuales pretende aplicarse.

3º *La escuela para el niño y no el niño para la escuela.*—Es forzoso ya, en consuno con los modernos avances en materia educativa, abandonar la vieja rutina que hacía de la escuela un marco caprichoso, al que debían amoldarse, en rígida igualdad, tantas y tan variadas inteligencias, descuidando por completo el sello de lo individual. La escuela debe, en concepto de Herbart, “dejar tan intacta como sea posible la individualidad” (1). Y no de otro modo puede llenar su cometido, podría agregarse, si es que realmente trata de formar hombres de personalidad. ¡Qué de fracasos ocurren constantemente por esa otra concepción errónea de la enseñanza! Cuántos niños descuida el maestro, asignándoles el duro calificativo de “brutos”, tan solo porque no son capaces de ajustarse a su proceder dog-

(1) Herbart, *Pedagogía General*.—Traducción de L. Lazuriga, página 51.

mático y absolutista. Y es bien sabido que la mayoría de esos casos reportados como inservibles, en otra forma educativa más armónica con sus caracteres particulares se manifestarían en sorprendente eficacia. Importa, pues, que sea la escuela la adaptable al niño y no el niño quien se

no lo conformado en definidos rasgos por la naturaleza.

4º *Individualidad y multiplicidad.*—¿Pero cómo puede asociar la escuela las múltiples formas que une a su fin colectivo (educación integral) con los intereses individuales que a un mismo tiempo se propone? ¿Se puede aspirar a una finalidad múltiple a la vez que se pretende un desarrollo de la individualidad? ¿No hay contradicción entre estos dos principios? Aparentemente, sí la hay. Mas al considerar que un hombre no es otra cosa que el reflejo de la especie a que pertenece, es perfectamente justificable que comprenda, en su sér individual, todos los variados aspectos de la vida social, los cuales lo condicionan para vivir en la comunidad. Por consiguiente, la escuela debe tener como base fundamental de su actuación, no el individuo como tipo aislado sino como miembro de una institución colectiva; es decir, ha de educar al niño en relación íntima con la sociedad de que forma parte.

De aquí nace un doble interés de la educación que se sintetiza en la educación integral y la especialización: la

II

EDUCACION INTEGRAL

(1) Concepto. (2) Factores que la legitiman. (a) Necesidad de una cultura común como base para el desarrollo de aptitudes determinadas. (b) La condición variable de la existencia infantil no permite una educación unilateral sin la previa formación de la personalidad.—Errores que se cometen a este respecto en materia de educación: influencia nociva de los padres, de los maestros y del ambiente.—Imposibilidad de una igualdad estable y única en la vida individual. (c) Los accidentes de la vida suponen una reserva mental del individuo para adaptarse a otro medio de vivir si así lo exigen las circunstancias. (d) La formación de una conciencia nacional. (3) Contenido de la educación integral.—La lucha contra el analfabetismo.—Necesidad de un sistema democrático de educación.—La escuela primaria; su principal función.—Los liceos.—La educación integral después de la escuela.

1º *Concepto.* La educación integral, hemos visto ya, es la que considera en conjunto a todas las mentalidades, con el fin de conocerlas en la plenitud de sus poderes y crear los fundamentos indispensables al manejo de los intereses sociales comunes a todos los hombres. Según ésto, queda excluída toda base de diferenciación dentro de la finalidad colectiva, de manera que sólo son aceptables aquellos aspectos individualistas que se refieren al mejor desenvolvimiento de la personalidad del niño. En sentir de Fröebel (1): “Todo hombre debe de ser considerado como miembro real y necesario de la humanidad, y bajo este título ser objeto de cuidados inteligentes y particulares”. Este concepto del eminente educador alemán ilustra suficientemente el hecho de que la educación se preocupe en etimular cuanto le sea posible la individualidad del educando, pues sólo conociendo sus caracteres individuales es posible asignarle el cometido que pueda desempeñar en la comunidad. Más adelante dice el mismo célebre educador (2): “Si no se aplican

(1) Fröebel.—La educación del hombre. Traducción de J. A. Núñez, página 13.

(2) Fröebel.—Op. cit., página 23.

todos los cuidados al desarrollo del hombre en los primeros grados de su vida, dificultase para más tarde la marcha de la educación; este olvido, esta negligencia harto común, es frecuentemente causa deplorable de que el hombre se aparte del fin a que tendían sus facultades y aspiraciones". A este respecto nada habría que añadir, sino que la educación debe empeñarse tesoneramente en analizar con detención cada inteligencia, para cerciorarse de lo que por naturaleza es capaz, para, consiguientemente, darle aplicación definida.

Importa también, desde otro punto de vista, que la educación común propenda a crear en el alumno aquellos elementos necesarios para su actuación en la sociedad. Y es que por sobre las actividades peculiares a los individuos, existe una actividad común, un interés colectivo que nace de la igual condición humana, siendo así que todo ser racional es un ejemplar típico de la especie, y acreedor, por derecho congénito, a todos los merecimientos y designios aplicables al sujeto "hombre". Existe para la generalidad de los pensantes una conciencia colectiva que no se ajusta a ningún criterio de individualidad; y es el alma que da carácter y vida a toda institución humana, por encima de las preocupaciones e intereses individuales. Hay una faz de la vida que compete por igual a todos los habitantes de un país, por ejemplo, y es la profesión ciudadana, en relación con los asuntos sociales; y dentro de esta significación, muy amplia si se quiere, mira el hombre su obligación de cooperar en el progreso general de la comunidad a que pertenece. Se sale pues, en esta labor, del radio de sus valores particulares, para atender, en un campo más vasto, a la parte que le incumbe como colaborador en la obra del adelanto social.

Se desprende lógicamente que una faz educativa conformada a tales fines tiene vital importancia en toda forma, porque satisface, puede decirse, lo que es dable esperar como primera etapa de la educación.

2º *Factores que la legitiman.* (a) ¿Se puede acaso, sin peligro de adoptar una determinación aventurada,

destinar al niño, a penas pisa el umbral de la escuela, a una profesión definida? No está en pugna contra este pensar la voz autorizada de la naturaleza, protestando de un hecho que se dispone sin su consentimiento? Es indiscutible que toda educación conscientemente orientada, debe prescindir de un propósito semejante. Sus recursos se concitan a inspeccionar, explorar primero el terreno en que labora, a manera de hábil labrador que, en su afán de obtener más pingües y hermosas cosechas, examina cuidadosamente la tierra con que cuenta, la ara, la remueve, le suministra abonos, y la prepara, en fin, para depositar en élla una simiente que se desarrolle y fructifique con fecundidad y lozanía. Esa simiente no es otra cosa que la profesión que, conocidas las aptitudes y fuerzas productoras de la mente, se echa a germinar en élla, regalándola con todas las condiciones favorables a su desarrollo y perfeccionamiento.

Nada más lógico, pues, que una cultura general que abarque, en el radio más amplio, el mayor número de oportunidades que sea dable, —intelectuales, artísticas, manuales, profesionales, etc.— como una base de experimentación para el cultivo de inclinaciones determinadas.

(b) Observando la vida de un niño, no es difícil comprender cuán suave e inconscientemente se deja arrastrar por los impulsos del momento y por las pasiones más insignificantes. Si en el teatro hay un actor que le fascina por sus prodigios de fuerza, por ejemplo, allí le oiremos decir: “Yo quiero ser un Maciste”. Si en la calle advierte un espectáculo extraño, un hecho cualquiera que le avive su curiosidad, es de ver la consagración, la asiduidad, la simpatía que manifiesta en seguida, presa su alma impresionable de la más sincera e ingenua de las decisiones, decisiones que duran las más de las veces igual que lo efímero y que perduran otras por cierto tiempo, pero que siempre son como llamaradas que se encienden repentinamente, para dejar tan solo, después de extinguidas, la huella indecisa del humo que se aleja. Tal es el niño: una masa plástica en la que imprimen su toque las más extravagantes ideas y los más desinteresados propósitos. De aquí la con-

veniencia de que el fondo dormido en su interior, despierte y se revele en caracteres definidos; de que su personalidad se desenvuelva, para encauzarse en el sendero que le señalan sus potencias de acción.

Y sin embargo, cuántos fracasos no experimentan a menudo tantos seres cuyo medio de vida está en completo desacuerdo con su verdadera vocación. Profesión que le impuso el maestro antojadizamente a un alumno suyo —sin la intención quizás de perjudicarlo, creyendo más bien beneficiarle— guiado por un deseo de convertirlo en un gran abogado, para el caso, cuando era mejor dispuesto a que abogaran por él. ¿Y los padres? ¿No se da frecuentemente el caso de que un padre someta su hijo a un aprendizaje que si es posible éste detesta, obedeciendo a un mero capricho, a un simple supuesto de que le agradaría verlo transformado en tal o cual personalidad? Y a más de los padres, ¿no interviene también el medio social donde se agita el individuo en el sentido de subordinarlo en cierta forma a un orden de actividad que es el resultado de una complicación política, de un estado de pasividad general, etc.? ¡Cuántas veces el común de los hombres son arrastrados hacia un destino completamente opuesto a sus sentires particulares, porque así lo exigen las circunstancias especiales de un transitorio régimen de vida! Y en otras ocasiones, cómo el ambiente de indiferentismo y letargo moral e intelectual de una sociedad, condena al suplicio de la obscuridad eterna, espíritus idealistas, divorciados con las tendencias avasalladoras del progreso, por más que en vano intentan salir del obscuro fondo en donde yacen confundidos con la impotente medianía!

Mas, aun cuando la profesión o género de actividad a que nos consagremos respondan a la verdadera vocación personal, se pone de relieve en seguida que la vida está sometida a un proceso de continua transformación, según el cual no hay igualdad perenne e inmutable. Hasta la misma individualidad está sujeta a este género de cambio incesante, regido por la ley trasmutadora del tiempo. Con sideremos, si no, el notable contraste que ofrece el período

de juventud, pletórico de ideales, de ilusiones y de generoso optimismo, al compararlo con el de adulto, desprovisto de las energías constructivas y entusiasmos juveniles, y hasta confrontado con las decepciones y contingencias que traen consigo las luchas de la existencia. Y al equiparar la etapa de adulto con la de la vejez, ¿no se advierte igualmente la incongruencia que las separa? En la vejez toda fuerza de acción ha decaído, toda pasión se ha amortiguado, todo, en fin, ha llegado al eclipse de su valer, a manera de luz que que despidе sus últimos reflejos, falta ya del combustible que la alimentara. Si el hombre varía, pues, por naturaleza, cómo no legitimar la corriente modificadora que invade los más secretos rincones del universo? ¿Cómo no justificar la modificabilidad del ambiente y, con ella, el cambio inevitable de los medios de vida, a medida que la civilización avanza, las necesidades se multiplican y hay, por tanto, menester mayores recursos con los cuales contrarrestarlas?

(c) Si los accidentes y mutaciones de la vida son consecuencia directa de un proceso de evolución constante de la humanidad, es claro que el hombre no debe contentarse con poscer una profesión a la cual concrete todo su sér, restringiendo así su campo de acción a tal punto que llegue a tornarse incapaz de eficiencia en otro sentido; exigen, por el contrario, una preparación más vasta, un grado comprensivo del sistema social, que, no obstante una consagración particular, permita redimir, cuando las circunstancias lo requieran, una situación creada por la imposibilidad de continuar ejercitando un orden determinado de actividad. Este concepto amplificado de la cultura individual, bien que prive la especialización, puede obtenerse por medio de una educación común que presente el mayor número de oportunidades para el conocimiento, aunque no a fondo, de los distintos géneros profesionales.

(d) Lo mismo que los individuos, los pueblos también tienen una personalidad que es como la suma total de un inmenso número de factores similares, producto común de una misma manera de sentir y de pensar: es la idea o ideas, los caracteres particulares que les dan representación y

que sirven para distinguirlos, en el consorcio de las naciones, como entidades caracterizadas y estables. Los países que carecen de esta personalidad, no han adquirido aún el verdadero sello de la autonomía, porque sus actos no obedecen a un espíritu director que debiera guiarlos y son, por tanto, fruto de un estado que dista mucho de ser definitivo. Incumbe a la escuela, como fuente de toda alta misión, formar en los niños ese parte importantísima que representa la esencia de la vida nacional, creando un fondo de experiencias comunes, de aspiraciones colectivas, como base para la homogeneidad de la raza y de la nación.

3º *Contenido de la educación integral.* Las modernas orientaciones democráticas que invaden poco a poco el campo de la enseñanza, hacen cada día más indispensable el establecimiento de centros de cultura general, para ofrecer a la generalidad de los hombres, —pobres y ricos, grandes y humildes— la oportunidad de disfrutar los beneficios de la educación. Y esta medida liberal y salvadora se impone tanto más cuanto que todos los países deben abrir seria campaña contra el analfabetismo, peligroso mal que desgraciadamente abarca gran número de víctimas en nuestros pueblos, y que es un gran obstáculo para la marcha hacia el progreso. ¡Cuántas mentalidades fecundas se pierden, además, en la multitud de los que hallan las puertas cerradas para dirigirse hacia la luz que redime y magnifica: injusto destino para los que bien merecen abrirse paso en la legión de los privilegiados de la inteligencia! Este régimen privativo de educación, trae como consecuencia, muchas veces, una posible superioridad de aquéllos que, por encontrarse en ocasión de recibir las luces de la instrucción, pueden llegar a un nivel superior a que no logran ascender otros que, contando con los dones propulsores de la inteligencia, permanecen alejados del bien inapreciable a que legítimamente tienen derecho.

Para remediar este estado de cosas, es necesario abrir las puertas de la escuela a todos los individuos, en ecuanimidad democrática; pero eso sí, la educación que reciben debe ser una educación que responda a fines sociales, enten-

diendo por éstos, los dirigidos a suministrar elementos que capaciten para la vida práctica. La institución educativa que mejor responde a esta exigencia es la escuela primaria. De aquí el primordial empeño que ha de ponerse en organizar con acierto y precisión los programas de enseñanza de estos centros de cultura. Y es porque si no todos tienen la posibilidad de continuar estudios de especialización, todos deben tenerla, al menos, para encauzarse someramente en los senderos de la verdad y de la luz; todos deben adquirir un horizonte intelectual que los saque de los abismos oscuros de la ignorancia; todos deben disfrutar, si bien escasamente, el más hermoso y supremo bien que puede concederse al hombre; todos deben poseer, en fin, una preparación cultural que los condicione para poder enfrentarse a las necesidades y contingencias del vivir, llevando como salvaguardia para el combate, el arma más poderosa y eficaz: el arma del saber.

Además de la escuela primaria, podrían considerarse como agencias de cultura integral, los colegios de segunda enseñanza tales como los liceos. En efecto, los liceos no son sino centros de educación en los cuales se prosigue, aunque en términos amplios, la educación primaria: en ellos la enseñanza se concreta a ampliar los horizontes de la vida intelectual por medio de estudios científicos generales; ningún ramo o asignatura se profundiza en especial; acaso en el último año algunos introducen un curso preparatorio para ulteriores actividades profesionales, pero todos tienen por fin proporcionar al educando los elementos intelectuales básicos para una futura especialización.

No puede decirse lo mismo de las escuelas normales, en las que ya se persigue un fin profesional: el adiestramiento de jóvenes para el ejercicio del magisterio, aunque en los primeros años de estudio también se les da un cultivo mental de carácter integral, con el objeto de extender su visión intelectual.

La educación integral después de la escuela. Pero por más que la escuela se esmere en llenar su cometido con el mayor grado de eficiencia, siempre deja por modelar una

parte importantísima de la naturaleza humana, y es la visión práctica de la existencia, que sólo se adquiere confrontándose con las realidades de la vida. La escuela podrá aportar a la mente el mayor número de ideas, ideales, rumbos de acción, etc., pero lo es muy difícil ofrecer un campo de actividad idéntico al del ambiente social, porque no puede crear necesidades efectivas, las que sólo se presentan en el curso de la vida práctica. Efectivamente, nada hay que estimule y aguce más el intelecto en busca de solución para un problema dado, como el hecho de que se ofrezca interpuesto en aras de un propósito perseguido en la realidad: la inteligencia se ofuzca, trabaja, investiga, vence al fin, llevada por el interés que se deriva de la cosa apetecida.

Se infiere de aquí, pues, que si la vida, en la gama de sus complicaciones y reveses, exige una función tan importante de la inteligencia, es obvia la necesidad de continuar nutriéndola en la gran escuela que es la realidad, para adiestrarla cada día más y hacerla capaz de salvar los escollos de que está sembrado el camino de la existencia. La cultura general debe, en consecuencia, prolongarse después de la escuela; pero será una labor del hombre por sí mismo, una labor que tienda a aquilatar los poderes intelectuales y robustecer la personalidad.

Crear que cuando salimos de las aulas nuestra educación ha terminado y que, por tanto, todo ulterior aprendizaje es inútil, no pasa de ser sino uno de los más grandes errores que puede cometer el hombre: no volver a abrir un libro para apreciar el contenido de sus páginas, es condenarse a dar por inservible todo lo anteriormente aprendido, porque las fuerzas intelectuales empequeñecerán, decaerá igualmente el contenido mental, y la mente sufrirá un estado parecido al de un tesoro enterrado que, aunque formado de magníficas joyas, al no pulirlas y usarlas con regularidad, se cubren poco a poco del moho que envuelve lo abandonado a la acción destructora del tiempo y se tornan, pues, en material desmerecido y escaso de valor.

Desechemos ese concepto estrecho que reñaja y descuida nuestras adquisiciones mentales: es preciso aumentar

nuestro caudal intelectual antes que empequeñecerlo; bebamos la savia pura y vigorizadora que encierra en sí la lectura sana y fecunda en sugerencias; modernicemos nuestro espíritu poniéndolo al corriente del movimiento civilizador de la humanidad en sus diversas manifestaciones; recojamos la enseñanza que a cada paso nos suministran las experiencias nuevas que a diario nos afectan; mantegamos nuestra mente perpetuamente joven, intensamente impresionable, profundamente afecta a los placeres verdaderamente superiores que se sintetizan en los nobles ideales, las confortantes ideas y los elevados pensamientos, y habremos realizado labor digna y meritoria en la sociedad.

III

ESPECIALIZACION

(1) Concepto. (2) Por qué se justifica. (a) A nadie le sería dable, dentro de los límites humanos, poseer toda la cultura del mundo.—Cómo se impone la división del trabajo. (b) Las diferencias individuales. (3) El problema de la especialización. (a) Deficiencias que aquejan a la escuela.—Su campo restringido no permite definir la vocación individual; fracasos por desconocimiento de la vocación verdadera. (4) Campo que abarca la especialización.

1º *Concepto.* A medida que la civilización avanza, la vida humana experimenta hondas y múltiples transformaciones, determinadas por el proceso evolutivo del progreso: aumentan las necesidades, se multiplican las actividades, se complican los medios de trabajo, de modo que se hace indispensable cada día más una preparación particular de los hombres para atender tan numerosos y variados aspectos. Así las cosas, la escuela no puede aspirar a un ideal de cultura universal, y ha de contentarse con que, a más de una fase integral, cada individuo adopte el rumbo de especialización que le señalan sus aptitudes personales. Es ésta una situación impuesta por la imposibilidad de adoptar otro sistema, y parece, naturalmente, que nada habría que aducir en su contra, supuesto la legitiman fuerzas superiores a todo esfuerzo humano que quisiera contrarrestarlas; sin embargo, da margen a alguna discusión.

Augusto Comte, citado por Rodó (1), dice que la especialización tiene para él el grave inconveniente de facilitar la aparición de espíritus "muy capaces bajo un aspecto único, o monstruosamente ineptos bajo todos los otros". Este concepto del eminente autor obedece tal vez a un supuesto de que la especialización comenzara sin antes dar al educando una cultura general que le proporcione una visión intelectual amplia que, no obstante una consagración especial, permita activar la mente en otro sentido. Ha de reconocerse, no obstante, que sí hay justificada razón en el aserto del pensador francés si, juzgando el asunto por el ejercicio de las profesiones manuales o físicas, se considera que la inteligencia desempeña un papel poco menos que insignificante. El herrero que, por ejemplo, dedica todas sus energías al trabajo del taller, en lucha constante con el acero, mal podrá ejercitar sus poderes intelectuales en el sentido de escapar del círculo que le señalan los límites de su condición obrera, hecho como está su sér al monótono restallar del yunque y concentradas sus fuerzas para levantar con mayor vigor el mazo que le proporciona el sustento: naturaleza perennemente esclavizada a un tipo de ocupación que, a más del fin utilitario, no podrá reportar beneficio alguno a la vida que se aparte de los estrechos límites del materialismo.

Género de esclavitud espiritual que hizo exclamar al maestro del Plata con dolorosa exasperación: "Todo género de meditación desinteresada, de contemplación ideal, de tregua íntima, en la que los diarios afanes por la utilidad cedan transitoriamente su imperio a una mirada noble y serena tendida de lo alto de la razón sobre las cosas, permanece ignorada, en el actual orden de sociedades humanas, para millones de almas civilizadas y cultas a quienes la influencia de la educación o la costumbre reduce al automatismo de una actividad en definitiva material" (2).

La educación debe luchar, pues, por extirpar del común

(1) Rodó, Ariel.—Editorial Prometeo, página 30.

(2) Rodó, Ariel.—Editorial Prometeo, página 32.

de los hombres esa especie de restricción espiritual tan frecuente y tan funesta, dirigiendo sus influencias a procurar un efectivo desarrollo de los elementos culturales que, si bien el individuo adquiere un destino profesional, la capaciten para vivir a la vez que la vida del cuerpo, la vida psíquica o intelectual. La especialización, en tales circunstancias, no atrofiará las funciones del intelecto, sino que sólo robará una parte del sér, la material si se quiere, para dejar intacta la parte superior de la individualidad.

2º *Por qué se justifica.* (a) En el transcurso de los siglos, acaso como raras excepciones, han surgido hombres capaces de abarcar para sí la cultura de su época; pero, en rigor de apreciación, esos son casos anormales que, rompiendo el círculo de lo igual y lo común, cual animados por una potencia de universalidad que los impulsara, se han apropiado el cúmulo de experiencias tan costosamente ganadas por la humanidad, y aún han abierto nuevos horizontes para el progreso, en la sed infinita de verdad y de luz; verdaderos genios —tal es el término que merecen— capaces para todo con igual seguridad de eficiencia, a juzgar por ellos no se aventurará la educación a seguir ningún criterio de universalidad, porque contadas veces se presentan a la admiración del mundo.

En tanto, la civilización avanza y, con élla, la ciencia da agigantados pasos hacia su amplitud y perfeccionamiento: crece la obra de la inteligencia colectiva, mas el cerebro común de los hombres acaso permanece fiel a un tipo más o menos estable, incapaz de abarcar siquiera una pequeña parte de la cultura del universo. Parece paradójico, en consecuencia, todo intento endilgado a hacer una misma la educación de los humanos.

El adelanto, en las diferentes esferas de la vida social, no puede verificarse, por otra parte, sin una minuciosa repartición del trabajo. La ciencia, de preferencia, no puede adelantar sin un sistema de especialización que haga posible un avance particular de las diversas partes y, por consiguiente, del todo. Así, es necesario que diferentes individuos se dediquen a diferentes ciencias —unos a las mate-

máticas, otros a la filosofía, quienes a la astronomía, etc.— con el objeto de que, teniendo cada cual uno sola preocupación puedan investigar, adentrarse en los más serios problemas que precise solucionar en cada caso, hacer descubrimientos, derivar conclusiones y hacer avanzar, en fin, el género de la actividad a que están consagrados. Aún en el mismo campo de una ciencia dada, la medicina, por ejemplo, se impone la conveniencia de que unos médicos se especialicen en un ramo determinado de la profesión, algunos en otro, etc., para que todos contribuyan, cada cual en su esfera, al adelanto general de los estudios medicinales.

Como se ve, el desarrollo de la especialización, es una condición necesaria de progreso y el único medio, además, para asegurar la existencia individual.

(b) La especialización halla otro de sus más sólidos fundamentos en el hecho de que los individuos sean radicalmente diferentes entre sí. Efectivamente, esta ley de diferenciación rige aun en los seres más acercados por los lazos de la sangre: hasta en los hermanos gemelos se advierte un grado notable de disparidad que, si no en el orden físico, es crecido en el orden intelectual; la similitud mental que podría existir entre ellos sólo llegaría a manifestarse en la igualdad de sus actos, tendencias y afecciones, pero, sabemos, es raro hallar un caso parecido. Las diferencias individuales se legitiman, pues, por una norma natural que obedece, precisamente, al proceso evolutivo que dirige el sistema del mundo. Y, no de otro modo puede concebirse el orden natural a que estamos sujetos, porque de ser todos los hombres idénticos, es decir, de pensar, sentir y proceder análogamente, la humanidad permanecería en un estado estático, explicable en la circunstancia de que el progreso sólo sería realizable hasta el límite que le determinara el vuelo intelectual de la colectividad, uniformes como serían todas las manifestaciones de los miembros que la integrasen. Nace de aquí, que el principio de la diferenciación individual, es el factor indispensable para el adelanto de la cultura humana. La educación debe, por tanto, estimular las diferencias individuales antes que reprimirlas; ha de ser pro-

fundamente flexible para adaptarse convenientemente a los distintos seres a los cuales se aplica y debe, por último, continuar esa labor individualizadora por medio de una especialización acorde a las aptitudes y disposiciones personales.

3º *El problema de la especialización.* Precisa confesar que la educación, aún con sus modernos avances, adolece, en términos generales, de ciertas deficiencias que entorpecen en gran manera su acción cultural. Acaso un asomo de regeneración tiende hoy día a romper con los regímenes tradicionales, tan de hondas raigambres en el espíritu de la humanidad entera. En materia educativa, un concepto meramente formalista ha prevalecido por largo tiempo, desde su alborear en los antiguos estudios humanistas. Este criterio que hace de la escuela un centro de mero desarrollo mental sin ningún matiz práctico, es uno de los grandes obstáculos que se oponen a la fórmula que en muchos países avanzados se tiene ya de la educación, y que se la define como "eficiencia social". "Ningún hombre incapaz de ganarse la vida —dice el profesor Bagley— podría ser socialmente eficiente" (1). Se infiere de ésto, entonces, que el término "socialmente eficiente" sólo se le aplicará a aquella escuela que prepare al individuo para vivir honradamente, mediante el ejercicio de una actividad condicionada a sus caracteres individuales.

¿Cumplen, ahora, nuestras escuelas con ese fin? Desde las primeras observaciones bien acertadas, podría afirmarse lo contrario. Esta grave deficiencia estriba, hemos dicho, en una concepción errónea de la educación, en virtud de la cual los establecimientos de enseñanza han permanecido absolutamente divorciados con los intereses propiamente sociales. Se acostumbra llenarle la cabeza al niño de teorías y conocimientos abstractos, creyendo que con ese simple desarrollo disciplinario la labor educativa ha terminado. Mas cuando ese niño es hombre y se halla en presencia de la realidad, he aquí que él mismo reconocerá la inutilidad de

(1) Bagley, *Proceso Educativo*. Traducción de Darío E. Salas, página 57.

lo aprendido, tal vez ya olvidado en su mayor parte, porque no le sirve para gran cosa en la práctica.

La principal deficiencia de la escuela consiste, pues, en proporcionar conocimientos de escasa utilidad real; ésto en cuanto a la faz general de la enseñanza.

¿Se preocupan, además, nuestros colegios, de estimular la personalidad del educando? Por regla general, las tendencias educativas se han encaminado a tomar determinado número de asignaturas que se suponían suficientes para la vida, pretendiendo que ellas producían toda la habilidad deseable para enfrentarse a los problemas sociales. Este es un error que se funda en la antigua creencia de que la mente, ejercitada en determinado sentido, es capaz de demostrarse eficientemente en cualquier aspecto de actividad que se le presente. Hay en ésto suficiente demostración para inducir que la mayor parte de los centros de enseñanza, apegados a esos viejos conceptos, pierden de vista el punto importantísimo de la individualidad. De consiguiente, la escuela sólo ofrece un campo restringido al desarrollo individual, siendo así que somete todas las inteligencias a un molde igualitario; de donde todo iniciativa, todo rasgo del "yo" personal se ahoga irremisiblemente en la rígida forma de una ecuanimidad infundada. Resulta así, en último análisis, que sólo las mentalidades mediocres pueden adaptarse a esa nivelizadora educación, mientras las superiores quedan relegadas a un grado de inferioridad, por no hallar ambiente propicio para su desenvolvimiento.

En consecuencia, la escuela carece de medios para definir la vocación individual, y perpetúa uno de los mayores males educativos, ya que gran número de educandos salen sin orientación definida para una ulterior especialización, y corren el serio peligro de adoptar un rumbo elegido al azar, probablemente en contradicción con las tendencias de su propia personalidad, lo que fácilmente se demostrará más tarde, cuando, ante la lucha con la realidad, se den cuenta de un fracaso originado por la influencia nociva de la educación.

4º *Campo que abarca la especialización.* La especia-

lización propiamente tal no comienza sino después de la educación integral. Sin embargo, podría entenderse que ciertos elementos de cultura general como los trabajos manuales, por ejemplo, dan alguna habilidad práctica al alumno y sirven a manera de iniciación en los cursos profesionales; pero en todo caso, el niño sólo adquiere una noción general de las diversas ocupaciones, acaso más acentuada en el género de labor que mejor le agrada.

Si la escuela de primera enseñanza extendiera su radio en el sentido de establecer, ya en los últimos años, un sistema de aprendizaje que permitiera a los educandos ejercitarse en los diferentes ramos profesionales, es claro que se adelantaría mucho en el logro de los fines sociales de la educación porque aquéllos que, por algún motivo, no pueden continuar estudios de especialización, irían a la vida con cierta preparación para trabajar con mejor éxito que los salidos de las aulas sin ninguna orientación práctica y que se convierten, por su incapacidad para vivir mediante sus propios esfuerzos, en pesada carga social.

La verdadera especialización comienza cuando el alumno ha cursado los establecimientos de cultura integral. Conviene recalcar aquí que la especialización ha de tener por base el conocimiento de la vocación personal, ya que, de lo contrario, se expondría a un fracaso, bien porque el individuo no demuestre, al cabo, capacidad para la clase de profesión a que se le destina, bien porque, aún cuando logre terminar el aprendizaje, más tarde se convencerá de que sus legítimas inclinaciones vocacionales estaban muy lejos de ser las que adoptó en un principio.

IV

CONCLUSION

(1) Especialización y educación integral.—Cuál debe ser el primer cuidado de la educación. (2) La educación y la disciplina formal. (3) Modernas orientaciones de los sistemas educativos.—Socialización de la enseñanza.—La escuela del trabajo. (4)Cuál sería la escuela ideal.

1º *Especialización y educación integral.* ¿Son, ahora, la especialización y la educación integral, aspectos fijos

y determinados que se suceden el uno al otro y ocupan etapas definidas en la vida del educando, o pueden fundirse en un todo que las considere conjuntamente?

Se ha dicho que el primer cuidado de la educación no estriba en figurarse el hombre de negocios, el abogado, el médico, el carpintero, etc., en la pequeña criatura que se presenta por primera vez a la escuela, sino mirarla como lo que realmente es: una naturaleza tierna e inculta que importa examinarla cuidadosamente para apreciar su contenido: removerla para despojarla de todo lo que en sí lleva de perjudicial y nocivo y realzar, en cambio, toda aquella parte pródiga y fecunda; suministrarle lo que indispensablemente exige para manifestarse en la virtualidad de sus potencias y prepararla, en fin, para sembrar en élla la simiente que mejor acogida halle en su seno y que puedan dar más jugosos y sazonados frutos.

De aquí se infiere que la primera cultura que debe recibir el niño es aquélla que tiende a ponerlo en capacidad para una futura especialización. Indudablemente es forzoso reconocer que un pequeñuelo que se acerca a las aulas va ignorante en lo absoluto de la organización social en que se agita: como todo lo obtiene de sus padres, no es capaz de comprender la dura lucha para ganar el sustento, a penas si se dará cuenta de lo que es el trabajo; igualmente desconoce para qué ni por qué existe, y mal podría entender que está llamado a trabajar más tarde para poder vivir; ignora asimismo que no podrá saberlo todo y que, en consecuencia, es obvia la necesidad de ejercitarse en el medio de vida más en acuerdo con las aptitudes individuales. ¿Es posible, ahora, que un sér en la atrofia completa de toda idea reveladora de su actuación social y hasta de su misma personalidad, adopte un rumbo definitivo en el cual encauzarse para arremeter contra el porvenir? Todo razonamiento a este respecto no serviría sino para demostrar una vez más la inutilidad de nuevas consideraciones en contrario.

2º *La educación y la disciplina formal.* Mas al discutir el punto anterior, no se ha querido sino poner de relieve

que toda especialización prematura es un grave error educativo. Pero es lógico admitir que al aceptar la educación integral como medio de simple desarrollo mental, se incurriría en otro no menos grave error que consiste en atribuirle un valor meramente formal; y este último carácter, sabemos, es práctica descartada, por su ineficacia, de las actuales orientaciones pedagógicas y que sólo representa un vestigio de los antiguos estudios humanistas. La pedagogía moderna trata, más bien, de juzgar la importancia educativa de lo que se enseña por el valor práctico que entraña; en otras palabras, por la utilidad que pueda reportar en la vida diaria. Se nos presenta, pues, un problema que requiere solución: ¿cómo puede la escuela llenar su función de cultura general sin arriesgarse a desempeñar un papel exclusivamente disciplinario?

Para aclarar el asunto, conviene precisar que la educación integral entendida como disciplina formal de la mente, se desvía del verdadero objeto que fundamentalmente se propone. Y es que desde el punto de vista social, nada significa una preparación abstracta y desprovista, por ende, de todo elemento prácticamente útil, ya que el individuo debe probar sus capacidades mentales confrontándose con la realidad de la vida. Sin embargo, la fase teórica ha predominado por mucho tiempo en la enseñanza, a tal punto que se la extremó a descuidar en lo absoluto toda participación de las actividades prácticas en la preparación del educando.

3º *Moderna orientación de los sistemas educativos.* Hoy las tendencias educacionales, en vía de subsanar los tradicionales yerros, reconocen a la escuela un campo de acción más vasto, y tratan de relacionarla cuanto es posible con la comunidad en que funciona. Tal es la norma que actualmente preside los más avanzados sistemas pedagógicos, y es el movimiento que se denomina "socialización de la enseñanza". En efecto, ningún medio tan fecundo en sugerencias como éste que excluye definitivamente el viejo cauce rutinario que hacía del centro que debe ofrecer mayores placeres al niño, un lugar fastidioso y hasta abo-

recible donde la palabra dogmática del maestro era verdad acabada que todos los discípulos debían aceptar con religiosa credulidad. En ese régimen de despotismo educativo se ahogaba toda manifestación hija del deseo insatisfecho de aprender por parte del alumno; toda libre iniciativa que diera vislumbres de personalidad, todo gesto generoso del "yo" íntimo que caracteriza particularmente a los individuos. El que aprende esclavo del que enseña, he aquí la divisa inexorable, el proceder inrestringido ante el cual han sucumbido tantos nobles pensamientos, tantas ingenuas originalidades, tantos escondidos tesoros dignos de mejor suerte.

Este movimiento regenerador que actualmente imprime carácter y vida a los establecimientos educativos, procura en primer término que la enseñanza descarte por completo ese papel teorizante de otros tiempos, sustituyéndolo en el sentido de proporcionar al discípulo conocimientos prácticamente utilizables; buscar, de otra parte, el modo de desarrollar hasta la altura de que son capeces, las fuerzas que representan la individualidad del que se educa. ¿Cómo?

Si la educación persigue un fin social, es indiscutible el hecho de que sólo puede alcanzarlo llevando a la escuela los elementos educativos condicionados a su propósito. El alumno debe hallar en ella, por consiguiente, todas las formas de actividad que se compaginen con los intereses sociales. Se desprende de ésto que unido al interés común de la educación debe existir un interés individual. El interés común propende a desarrollar los aspectos culturales que son indispensables para la vida comunal, es decir, desenvuelve los poderes sociales que necesitan por igual todos los hombres. El interés individual se dirige a proporcionar al educando todas las posibilidades concernientes al desenvolvimiento de sus disposiciones personales.

Inspirada en este último objetivo ha surgido en Alemania la llamada "Escuela del Trabajo". Esta agencia educadora, como su nombre lo indica, al par que le suministra al niño una cultura intelectual, le ofrece el mayor número de artes manuales e industriales, para que adquiera una idea

práctica de cada una de ellas y pueda, si sus aptitudes individuales se inclinan a determinada profesión, continuar definitivamente en la rama de trabajo a que por naturaleza está condicionado. Los principios que caracterizan la escuela del trabajo los resume el profesor alemán J. Kerschesteiner (1) así: "1º La escuela del trabajo es una escuela que enlaza todo lo posible su actividad educadora a las disposiciones individuales de sus alumnos, y multiplica y desarrolla hacia todos los lados posibles estas inclinaciones e intereses, mediante una actividad constante en los respectivos campos de trabajo. 2º La escuela del trabajo es una escuela que trata de conformar las fuerzas morales de alumno dirigiéndolo a examinar constantemente sus actos de trabajo para ver si éstos expresan con la mayor plenitud posible lo que el individuo ha sentido, pensado, experimentado, querido, sin engañarse a sí mismo, ni a los demás. 3º La escuela del trabajo es una escuela de comunidad de trabajo en la que los alumnos, en tanto que su desarrollo es suficientemente alto, se perfeccionan, ayudan y apoyan recíproca y socialmente a sí mismos y a los fines de la escuela, para que cada individuo pueda llegar a la plenitud de que es capaz por naturaleza".

Como ya se ha dicho, la escuela del trabajo no sólo se preocupa de facilitar el desarrollo de las disposiciones profesionales del discípulo, con lo que se restringiría a ser un centro de cultura eminentemente profesional, sino que atiende igualmente al desentrañamiento de cualesquiera otras inclinaciones personales, ya de orden intelectual, ya de orden social, ya de orden artístico, etc. Se conforma, pues, a un plan de labor amplia y significativa, como que presenta a todos los alumnos igual ocasión para que muestren lo que hay en ellos de particular y característico. Respecto a este punto dice Mr. Fisher, Ministro de Educación inglés

(1) Revista de Pedagogía.—Año I; número 9; editada en Madrid.—"La escuela del trabajo" por J. K. Kerschesteiner.

(1): "El gran problema estriba en dar a todos los niños una igualdad de oportunidades. Es preciso que los que tengan la capacidad intelectual y el vigor moral para elevarse por encima de la condición en que nacieron, posean los medios de triunfar; es preciso que el creador, el inventor, el hombre de acción, el jefe, que, ignorado por sí mismo está oculto en el niño que se sienta en el banco de la escuela, encuentre en ella ambiente favorable para su desarrollo. Es preciso que se implante un sistema de instrucción nacional amplia y libre para conducir al talento y al mérito a la realización de su destino". Como se ve, la educación concilia, aún en los centros de cultura general, un interés individual y un interés múltiple, porque teniendo este doble carácter, es fácil que se manifieste la individualidad del alumno, de acuerdo con el ejercicio de las actividades que mejor se conformen a sus inclinaciones.

Si la educación le presenta vasto campo para ejercitar sus poderes individuales, es claro que podrá demostrarse más hábil en determinado sentido, si esta tendencia obedece a su vocación personal.

No quiere esto decir que la especialización comience antes de su debido tiempo, sino que se la prepara de antemano, para no hallar más tarde formidables escollos ante los cuales fracase todo intento dirigido a encauzar definitivamente el destino profesional del individuo, ora porque la profesión ha sido escogida sin consultar el verdadero dictamen de la personalidad del educando, ora porque halaga en apariencia pero en el fondo va en pugna directa contra la propia naturaleza, y lleva, en consecuencia, el germen para un futuro y desconsolador desengaño que significa muchas veces una profunda decepción de la existencia.

4º *¿Cuál sería la escuela ideal?* La escuela ideal será indudablemente aquélla que funciona a manera de un pequeño teatro por el tenor del escenario inmenso de la comuni-

(1) Revista de Pedagogía.—Editada en Madrid, Año I, número 8.—Informaciones.—La Educación de los más aptos.—(Referencia).

dad; la que, alejada de todo elemento formalista, se presenta cual un vasto campo de experimentación en el cual se ejercitan las fuerzas vivas del alumno; la que, en fin, abarca el mayor radio de influencia decisiva en la vida del educando y hace de él, no el iluso que al hallarse frente a la realidad sufre un estado de ofuscación e incertidumbre tales que no ve el derrotero más conveniente para encauzar su personalidad, sino el hombre que consciente de su cometido social, marcha con paso firme hacia la meta de sus aspiraciones, a manera de barco que provisto de buena brújula y seguro timón, se echa sin temor a la inmensidad del océano, en la fundada confianza de que, por más que lo abatan las olas, siempre llegará a su destino.



OBRAS CONSULTADAS:

Fröbel, La educación del hombre (Introducción).—*Herbart*, Pedagogía General (Introducción, Capítulo I).—*Rodó*, Ariel; Motivos de Proceso.—*Bagley*, Proceso Educativo (Fin ético de la educación).—*Compayre*, Educación.—Revista de Pedagogía, números 8 y 9. (La escuela del trabajo.—La educación de los más aptos, arts.)

SANTIAGO

Por JOSE RAFAEL WENDEHAKE

(Especialmente para la Revista ESTUDIOS)

Cuando a través del Istmo, recorreremos una distancia de 70 kilómetros, para internarnos en el antiguo Gran Ducado de Veraguas, encontramos como capital de la provincia del mismo nombre, a la ciudad de Santiago con sus viviendas coloniales, rojos techos sombreados de verdes palmeras, en cuyas vecindades se contemplan llanuras inmensas y corren riachuelos con sus caídas de aguas pintorescas.....

Al ver por vez primera sus silenciosas calles, sus casonas ruinosas, sus derrumbadas torres y respirar ese ambiente de melancolía cementerial, nos sentimos invadidos de una tristeza infinita que nos oprime y asfixia el corazón.

Dónde residen pues, se pregunta el viajero, los tesoros y el mérito de esta villa española, cuyo territorio el Gran Almirante dió fama de rico y recomendara en sus cartas al Rey Fernando de Aragón, después de navegar por las costas atlánticas?

Los archivos de Indias nos cuenta que aquí llegó de España en 1518, un grupo de virtuosas familias de puras costumbres patriarcales, a fundar una sociedad ejemplar y cristiana en esta región soledosa del corazón del Istmo.

Pasada aquella primera y triste impresión, si penetramos el portal de sus viviendas tranquilas, comprendemos por qué vale y se afama esta ciudad prócera, cuna de justos varones, de hidalgos caballeros, de matronas fecun-

das en virtudes y en prole, y que en su seno guarda como en una ánfora sagrada, las cenizas del desinteresado y noble Libertador del Itsmo!

Allí encontraréis en el apacible ambiente de la familia, a la madre santiagueña rodeada de sus hijas, en cuyos rostros de vírgenes cristianas, se dibuja la ingenua sonrisa de las almas buenas. Y momentos después, cuando vuestras frases se dirijan a ellas, por los verdaderos senderos que conducen al corazón, comprenderéis por qué la doncella de esta villa católica y legendaria, es enemiga de la democracia callejera, del snobismo yanqui y de los modernos festines del jazz, para amar el silencio de sus casonas solariegas, donde ellas sueñan con los tiempos idos de nobleza y de galantería, con aquella vida gentil y ceremoniosa de la colonia, con sus serenatas al filo de la media noche, sus aventuras caballerescas y sus románticos amores.....

Sin embargo, aquellos rostros bellos, dulces y suavemente placenteros que contemplamos por primera vez en los hogares santiagueños, los veremos cambiar bajo la influencia mágica del divino Cupido, en semblantes alegres, risueños y expresivos, derrochando toda la simpatía y la gracia hispana, con ese sello siempre de refinamiento supremo, que revela al momento el distinguido abolengo.

Físicamente la damita de Santiago presenta todas las variantes de la castiza cepa; ora es la morena de pupilas meridionales, de roja boca que ríe adorablemente y donde no viven sino instantes las bravatas, con esa gracia y movilidad en sus andares que nos recuerda a las muchachas de la alegre Andalucía; o es ya la rubia tiernamente compasiva, de mirada nostálgica y romántica, mejillas con el tinte y lisura de porcelana, boca de finos labios con un suave rictus de bondad, realizando el conjunto la sencilla altivez de un cuerpo señorial, que reúne en sí todas las delicadezas, y, en cuya presencia, es imposible resistir el influjo de su sutil fascinación.....

Es la damita santiagueña por raza y por temperamento, susceptible como ninguna a los impulsos de la pasión. Ella no ama nunca cerebralmente, y cuando entrega su co-

razón no retrocede jamás. Tal vez en ninguna de las mujeres del mediodía de América, esté tan arraigada como en ellas la virtud de la fidelidad, y me atrevería a afirmar que quieren tanto a sus hijos, porque idolatran a sus maridos. Para ellas la amistad es un sentimiento sagrado, noble y consolador, y en las horas de prueba, veréis en sus dulces pupilas de madonas, la mirada ingenua y llena de bondad, que revela sus delicados sentimientos, como que ellas provienen del seno de una raza purísima, sometida a una fina y larga selección.

Y al evocar el recuerdo de las vírgenes santiagueñas, yo nunca podré olvidar una fiesta campestre que hicieron en mi honor un grupo social en las afueras de la población. El sol aquella tarde incendiaba con sus fulgores cárdenos la sabana del Canto del Llano, en cuyo extremo bajo un frondoso huerto de ciruelos y naranjos, se bailaba sobre el verde césped, en un ambiente de alegría y de felicidad. Durante aquellas horas dichosas tan propicias a los deleites del amor y de la amistad, pudimos contemplar allí los más frescos semblantes femeniles, de una blancura verdaderamente inmaculada, ojos rasgados, ardientes y bellísimos, capaces de dar vida a corazones entristecidos, y, bajo las frondas de ese bosque magnífico, se veía también una joven pareja de enamorados que en su actitud romántica nos hizo recordar a los legendarios amantes de Verona! Y cuando el sol detrás de la sabana undía sus últimos rayos en el lejano horizonte, al compás de la orquesta aun bailaban bajo esas frondas perfumadas de azahares, cordiales caballeros y doncellas, que en sus actitudes desenvueltas y la esbeltez de sus gentiles portos, poco tenían que envidiar a aquellas sublimes muchachas florentinas, que Boticelli inmortalizara en su lienzo *la alegoría de primavera*.

Pero si la damita santiagueña tiene como sello distintivo la exquisita gracia de maneras de las doncellas antiguas y nos recuerda por sus virtudes y noble sencillez, la grandeza del corazón de Hispania, el caballero de esa villa cuando lo es, sabe serlo, también en su totalidad. Ninguno le aventaja entonces cuando es amigo leal, en riqueza de afectos y

espíritu de consecuencia. Su amor por la Patria quedó evidenciado cuando surgió el conflicto de fronteras de Costa Rica. Santiago vió desfilar por sus calles en ejercicios militares, unidos, al más humilde hijo del pueblo, junto al descendiente de linajuda familia. Hubo en esos días de angustia y zozobras, patriarcas de cabezas plateadas que enviaron todos sus hijos a la milicia y se suscribieron con empréstitos a la Defensa Nacional con sumas que ellos no podían casi disponer, dando un ejemplo de abnegación muy grande, que revelaba por la dignidad del gesto, que no en vano corría por sus venas, la más pura sangre patricia.

Histórica, noble y culta ciudad de Santiago: el viajero que viene de lejanas tierras y como yo convive en tu seno cerca de cinco años, sintiendo palpitar su corazón en las noches de duelo y en los alegres días de vuestras fiestas sociales, tiene que querer con fraternal cariño a vuestras finas gentes, en cuyos modales se conserva por fortuna el más rancio sello de la cultura peninsular. Y son tan grandes, misteriosos e inefables los encantos de vuestra apacible existencia, que si algún día el destino me alejara de vuestros amados lares, os querría con sincero afecto y en mi memoria viviríais para siempre como la urbe colonial de las viejas torres, de las medioevales calles, de las procesiones devotas, de los amigos leales, de las mujeres bellas y fieles y de los hogares patriarcales que han dado virtuosas vírgenes, que al eco de tus campanas centenarias han levantado el vualo como castas palomas, para ir hacia lejanas ciudades a fundar los más felices nidos de amor!

NOTA:—Los archivos de Indias dicen que Santiago fué fundada en 1518 por Diego de Albitex y Gaspar de Espinoza, pero el reputado Jurisconsulto Don Julio J. Fábrega en su importante estudio sobre la Provincia de Veraguas cree que hay error en esa aseveración.
